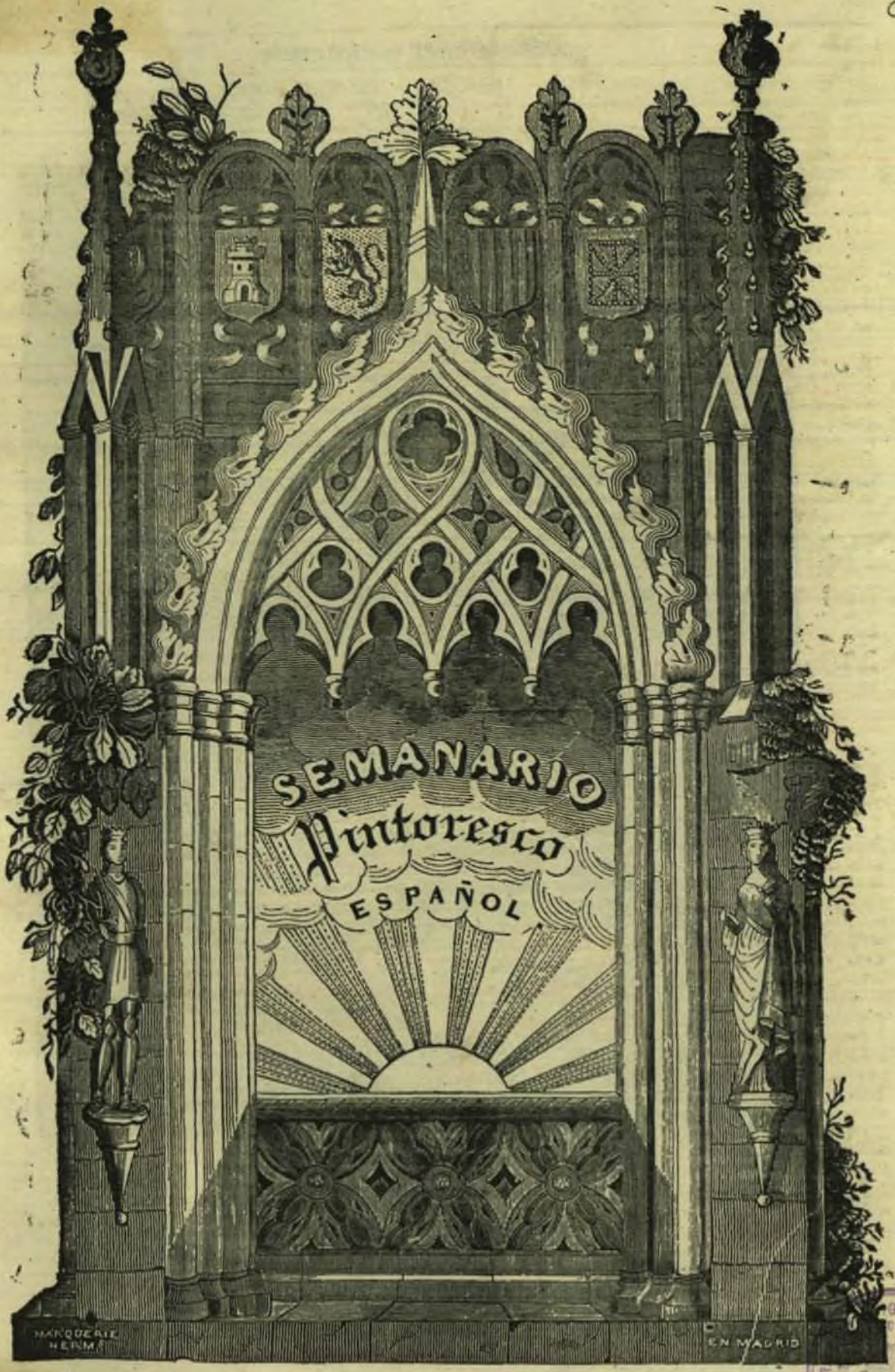
HE S. XIX
G-100



TOMO III.

CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS
BIBLIOTECA DEL SIGLO XIX

Iglesia de San Dionisio.
(Francia.)

FUNERALES
DE LOS
ANTIGUOS REYES DE FRANCIA.

San Dionisio, apostol de la Francia, y primer obispo de París, habia sido enviado de Roma á las Galias hácia la mitad del siglo III. En las actas de este misionero se lee que convirtió un gran número de idólatras, que edi-

ficó una iglesia en París donde habia fijado su residencia, y que terminó su carrera apostólica por el martirio el año 272, durante la persecucion de Valeriano. Refieren tambien estas actas que San Dionisio habia sufrido una larga prision cuando fue degollado con el presbítero Rústico, y el diácono Eleuterio sus compañeros; que los cuerpos de los tres mártires fueron arrojados en el Sena; pero que una cristiana llamada Cátula (*Catulla*) los recogió y enterró cerca del parage en que habian sido decapitados. Andaban dudosas las opiniones sobre si habia sido en Montmartre ó en la célebre abadía que lleva el nombre de San Dionisio donde el santo habia sido muerto y enterrado, cuando un tal Hilduino, abad de aquella abadía, compuso en el siglo IX una maravillosa leyenda de su patrono, conciliando entrambos pareceres con la tradicion. Segun el buen Hilduino, decapitado el santo en la cumbre del Cerrillo de Montmartre, tomó su propia cabeza con ambas manos, y echó á andar asi de aquella manera hácia el sitio en que posteriormente se erigió un templo con su advocacion, mientras que los ángeles cantaban en derredor suyo: *Gloria tibi Domine!* á cuyo cántico respondió la cabeza separada del tronco, diciendo por tres veces *alleluia!* Viendo aquello una Señora del pais convertida por las predicaciones de San Dionisio, y llena de compasion, recibió en su regazo la ensangrentada cabeza; pero como el tronco hubiese quedado en poder de los paganos, igualmente que los cadáveres de Rústico y Eleuterio, pudo embriagar á los que los custodiaban, y hacer que sus criados llevasen los tres cuerpos á una tierra suya, donde erigió un sepulcro que despues rodearon los cristianos con una capilla, dándole el nombre de capilla de los santos mártires. Esta narracion, verdadera ó falsa, y cuya autenticidad no nos toca examinar aqui, admitida y creida por el pueblo en los primeros siglos del cristianismo bastó para que estuviesen en gran veneracion los lugares que habian sido teatro de tales maravillas, y de aquí la prosperidad, celebridad, y poder de la abadía de San Dionisio.

El rey Dagoberto en el siglo VII edificó en lugar de la capilla una iglesia y fundó un monasterio enriqueciéndole con magníficos dones: dispuso que á su muerte su cuerpo fuese sepultado en la misma iglesia de San Dionisio, ejemplo que imitado por muchos de sus sucesores, vino á perpetuarse. Continuaron los reyes de Francia haciendo cada uno á su manera notables variaciones en la abadía de San Dionisio, con obras y construcciones cuyo pormenor omitimos porque no puede ser interesante á nuestros lectores, y nos limitaremos á decir que aquella fundacion fue engrandeciéndose de tal modo, y su abad adquiriendo tal preponderancia que el que lo era á la muerte de San Luis, tuvo valor cuando los funerales de este monarca en presencia del nuevo rey y de toda la comitiva para impedir la entrada en su iglesia por cierta etiqueta, al arzobispo de Sens y al obispo de París.

No solo era aquella abadía la sepultura privilegiada de los reyes de Francia, sino que compartia con la iglesia de Reims la prerogativa de consagrarlos, y conservaba en depósito la corona, el cetro, la mano de justicia, y las vestíduras y ornamentos que servian para la coronacion. Conducian estas cosas á Reims los mismos religiosos con el abad y se quedaban con ellas concluida la ceremonia, igualmente que con las joyas é insignias de los reyes, reinas é infantes de Francia.

Los entierros de las personas reales daban tambien ocasion á donaciones y regalos que aumentaban la celebridad de la abadía, y la pompa de aquella fúnebre ceremonia era tal, como puede conocerse por la breve esplicacion que haremos de ella.

Diez y seis gentileshombres de cámara llevaban la cama de respeto en que iba echada una figura ó estatua del rey hecha de cera, con la corona en la cabeza, un cetro en la mano derecha, una mano de justícia en la izquierda, calzada con borceguíes de una tela ó tisú de plata bordado de oro con las suelas de raso carmesí, y dos almohadones de tela de oro, uno para descansar la cabeza, y otro bajo los pies. Esta figura llevaba una camisa finísima guarnecida con un bordado de seda negra, y encima una camisola de raso carmesí, cuyas mangas se descubrian hasta el codo solamente, porque lo demas lo cubría la túnica de raso azul bordada con pasamanos de oro y plata, y salpicada de flores de lis de oro. Encima de todo se le ponia el manto real de terciopelo violado y carmesí tambien salpicado de flores de lis de oro; sin mangas, habierto por delante, forrado de armiño igualmente que la esclavina.

El atahud que contenia el cuerpo del rey difunto estaba por lo regular bajo el lecho ó cama de respeto, y otras veces iba delante en un carro tirado por seis caballos. Cuatro presidentes *de bonete* (*presidens á mortier*) llamados así porque le llevaban como distintivo, sostenian las cuatro puntas del paño mortuorio, y al rededor iban los miembros del parlamento vestidos de escarlata. Llevaba el estandarte el funcionario que llamaban preboste de los mercaderes y regidores, y era una especie de corregidor. El caballerizo mayor con el estoque real colgado de su tahalí ó bandera marchaba delante del lecho de respeto, montado en un brioso corcél con caparazon de raso blanco, y delante del caballerizo mayor el *caballo de honor* con una silla de terciopelo violado, estribos de oro, y su caparazon del mismo terciopelo salpicado de flores de lis de oro; dos palafreneros á pie, vestidos de negro, y descubiertos, llevaban del diestro este caballo, y cuatro lacayos tambien vestidos de negro y descubierta la cabeza sostenian las cuatro puntas de la mantilla ó caparazon. Es de creer que este caballo, con los dos palafreneros y los cuatro lacayos, representaban el caballo y los criados que se mataban y enterraban con los reyes de la antigua familia cuando no habian abrazado el cristianismo.

Una relacion que tenemos á la vista de los funerales de Luis XIII dice que celebrada la misa, el maestro de ceremonia fue por los cuatro presidentes del parlamento para tener las cuatro puntas del paño mortuorio. Veinte y cinco guardias de la compañia escocesa mandados por un teniente y un exento llevaron el cuerpo á la bóveda, y entonces el rey de armas se acercó á la entrada de ella, arrojó dentro su sombrero y su cota de armas, y luego dijo en altas voces: "Heraldos de armas de Francia, venid á hacer vuestro oficio." Y luego que cada uno de estos hubo tambien arrojado en la bóveda su sombrero y su cota de armas, mandó al heraldo del título de Orleans que bajase para colocar sobre el féretro *todas las piezas de honor*, que iba nombrando y se le iban llevando en el órden siguiente por cada uno de los grandes empleados de la corona encargados de ellas: la bandera de los cien suizos de la guardia, las tres banderas de los cien arqueros de la guardia escocesa, las espuelas, las manoplas, el escudo del rey, la cota de armas, el yelmo con el timbre real, el pendon del rey, el estoque ó espada real, la bandera de Francia, la mano de justicia, el cetro y la corona real.

Estos tres últimos objetos fueron conducidos sobre almohadas de terciopelo negro; el rey de armas los recibió sobre un tafetan, y el heraldo de armas de Orleans los colocó sobre el féretro con las demas piezas de honor, escepto el estoque real, del cual solo se presentó la punta á la entrada de la bóveda teniéndolo por la empuña-

dura el caballerizo mayor, asi como el gran Chambelan solo asomó tambien la estremidad de la bandera de Francia.

En seguida fueron viniendo uno á uno diez y seis maestre-salas ó mayordomos llamándolos por sus nombres, y despues que hubieron echado en la bóveda sus bastones cubiertos de crespones, el duque de la Tremouille que ejercia las funciones de mayordomo mayor de la casa real en lugar del príncipe de Condé, metió la contera del suyo y dijo en voz baja: "El rey ha muerto, el rey ha muerto, el rey ha muerto; roguemos á Dios por el descanso de su alma." Despues de algunos momentos de silencio el duque de la Tremouille gritó: "Viva el rey, viva el rey, viva el rey Luis XIV de su nombre, rey de Francia y de Navarra." Al instante el gran Chambelan levantó la vandera de Francia y el mayordomo mayor de la casa real su baston: toda la iglesia resonó con el estruendo de las trompetas, timbales, pífanos y oboes; y cada cual se retiró á comer á su casa. El dean de los capellanes de honor bendijo las mesas del mayordomo mayor y del parlamento, y al concluir hizo oracion dando gracias, despues de lo cual los músicos entonaron el *Laudate*. En seguida, el mayordomo mayor príncipe de Condé, llamó á su presencia á todos los empleados de la casa Real, rompió su baston, y les dijo que la casa estaba disuelta y que podian irse á donde quisieran; les ofreció al mismo tiempo recomendarles al nuevo rey, y hacer porque se restableciese á cada uno en su empleo y funciones.

Tales fueron las ceremonias observadas tambien en las exequias de Luis XIV, de Luis XV, y poco mas ó menos en las de Luis XVIII el año de 1824.

Los funerales de los reyes de Francia no se hacian por lo regular sino cuarenta dias despues de su muerte, durante los cuales se ponia al público una imagen suya hecha de cera, sobre una cama de respeto y con todo el brillo de la majestad, y se continuaba sirviéndoles la comida á las horas acostumbradas como si estuviesen vivos.

La abadía é iglesia de San Dionisio gozaron pacíficamente de sus riquezas, prerogativas y privilegios hasta 1792 en que se envolvió á la abadía en la supresion general de los conventos; y en 1794 se pensó en destruir la iglesia por los cimientos despues de profanados los sepulcros y cenizas de los reyes. Este proyecto no se llevó á cabo, pero sí se quitó la techumbre plomiza de la iglesia para hacer *balas destinadas á los enemigos de la república*. En tiempo del imperio recobró algo de su pasado esplendor, porque Napoleon decretó que sirviera para enterramiento de los emperadores de su dinastía; pero él mismo no pudo gozar de su sepulcro, como dice Bossuet hablando de los reyes de Egipto y sus pirámides. Sin embargo se hicieron en San Dionisio esmeradas obras y reparos, y en tiempo de la restauracion se continuaron aquellos trabajos que habian de colocar aquella iglesia segunda vez entre las mas bellas y ricas de toda Francia. Posteriormente ha recobrado algunos sepulcros, como son los de Dagoberto, la reina Nantilde, Francisco I, Luis XII, y Enrique II. Al mismo tiempo la arquitectura, la escultura y la pintura han contribuido de treinta años á esta parte á adornar la célebre basílica restituida á su antiguo destino de panteon real.

PANORAMA MATRITENSE.

EL TEATRO POR FUERA.

«Si hacen de mi humor desden
no tienen mas que gastallo,
mientras por tanto echo el fallo
si quien no lo sepa bien.»

IGLESIAS.

La escena cómica, asi como la gran escena del mundo tiene dos aspectos. Uno interior, privado, y reducido al estrecho círculo de sus sacerdotes y comensales; el otro público, esterior y que dice relacion con la sociedad entera. Para entrar en aquel, es necesario hallarse iniciado en sus misterios, y tener una parte mas ó menos directa en su accion; para conocer este basta solo ser espectador constante, y estar dotado de una dosis regular de observacion.

El teatro *por dentro*, comprende, pues, á los autores dramáticos, á los artistas, empresarios, empleados, espectáculo material, decoraciones, transformaciones, vuelos, música y acompañamiento. El teatro *por fuera* le constituye únicamente el público espectador. Puede, pues, mirarse la cuestion de ambos modos; ó bien dando la cara á la escena, y fijando la vista y la imaginacion en la fingida ilusion del espectáculo, ó ya volviéndole la espalda y asestando el catalejo á la animada realidad de los espectadores. Bueno será por hoy prescindir de la primera cuestion para ocuparnos esclusivamente de la segunda; abandonar el interés dramático por el interés social, el mundo de carton por el mundo positivo, y buscar en el espectáculo cómico lo mas cómico del espectáculo; que sino lo ha por enojo no es otra cosa que el público espectador.

A la verdad, que considerado el asunto bajo este aspecto, no puede ser mas animado y profundo, y manejado por diestra mano, no dejaría de producir un asombroso interés. ¡Ay que no es nada! mil ó dos mil personages de todos sexos y condiciones; vírgenes y matronas; viudas y reincidentes; niños y viejos; solteros y maridos; Mesalinas y Lucrecias; Marcos y Colatinos; patricios y plebeyos; sombrerillos y zagalejos; chaquetillas y *sortás*. Y todo esto visual y gerárquicamente ordenado; por clases, segun el blason heráldico; por familias, siguiendo el sistema de Linneo; por precios, al tenor de la balanza mercantil; por sexos, á la manera fisiológica de Russel; por trages, segun el método de Utrilla; por genios y condiciones, conforme á la craneoscopia del Doctor Gall.

Las seis y media.... entremos en el teatro.... Media hora falta aun para comenzar el espectáculo.... ¡qué cosa tan triste es un teatro sin gente!.... Es como si dijéramos un cuerpo sin vida, un cadáver yerto é inanimado.... Y si el teatro es uno de los teatros de Madrid ¡qué cosa tan fea ademas! Mirada desde las alturas la mezquina y económica *platea* parece por sus diversos compartimentos una caja de estuche ó *necesaire* sin las piezas correspondientes; mirando desde la platea los costados del edificio, recuerda las anaquelerías de nuestras boticas, ó los simétricos nichos de nuestros cementerios.

La misma soledad, el mismo silencio que en estos, y á la escasa luz de algunas mechas encendidas provisionalmente en la lámpara central, se ven allá cerca del techo los retratos de algunos de nuestros célebres autores, los cuales solo despues de muertos han adquirido el de-

recho de asistir gratuitamente al espectáculo; y aun esto tan limitado y en sitio tan poco conveniente, que mas parece que aspiran á escapar á las troneras por entre las enormes piernas de un Apolo, que mas que Apolo, parece un tambor mayor.

Conforme se va acercando la hora, empieza aquel solitario recinto á dar señales de vitalidad: ya es una puerta que se abre para dar entrada á un bulto negro que aparece en la arteria de las *lunetas*; el cual mira con interés á todas partes, hace un movimiento de impaciencia, y vuelve á salir precipitado; ya son algunas pausadas sombras que van á colocarse aisladas aquí y allá quebrando asi la uniformidad de las *gradas* laterales, de los *bancos* céntricos, y de la altísima *tertulia*. Ora se escucha un animado diálogo femenil en los hondos abismos de la *cazuela*; ora el ronco sonido de una tos catarral y aguardentosa revela al observador que algun ser viviente respira sepultado en los últimos confines del *patio*.

El nuncio de la luz aparece en fin por un agujero, y saltando por encima de los bancos con una cerilla en la mano, se acerca á la lámpara, y comunica su influencia al círculo de *quinquets*, con lo cual y concluida su tarea, avisa á los de arriba para que den vuelta á la máquina, y sube el luciente fanal con pausa y gravedad hasta quedar colocado á la media altura del espacio. Magestuosa operacion que observan con sorpresa y entusiasmo las tiernas criaturas que han asomado á los palcos, y de que huyen por precaucion todos los desdichados á quienes tocó sentar perpendiculares bajo la influencia de aquel mecánico planeta.

Quedan, pues, al descubierto las sombrias paredes del edificio, el ahumado techo, los mezquinos bancos y sillas; y sucesivamente van dando la cara las misteriosas parejas de los palcos *por asientos*, que no ven con buenos ojos aquella iluminacion, aunque escasa; luego ocupan la delantera de la cazuela todas las Diosas de nuestra mitología matritense, y detras de ellas se van agrupando las modestas beldades á quienes no es necesaria tanta publicidad. Harpócrates, el Dios del silencio como todo lo perteneciente al género masculino, está desterrado de aquel bullicioso recinto, y mil y mil voces, si quier gangosas y displicentes, si quier melifluas, y atipladas, se confunden naturalmente en armónico diapason, y mas de una vez sobresalen por entre los diálogos de los actores, ó sobre los *crescendos* de la orquesta.

Dos campos iguales en dimension, diferentes en calidad, se dividen económicamente el elevado recinto conocido bajo el nombre de *tertulia*. Del lado de la izquierda, el sexo que solemos llamar bello, ostenta sus gracias peregrinas, sus ingeniosos adornos y su amable coquetería. En el de la derecha el otro sexo feo juega las armas que le son propias, el desenfado, la galantería y la arrogancia. Cruzanse, pues, de la una á la otra banda las ojeadas, las anteojeadas, los suspiros, las sonrisas, y otros signos expresivos de inteligencia, y volando á estrellarse en el techo comun, tornan á descender convertidos en vapor simpático, eléctrico, que estendiendo su influencia por todos los rincones de la sala, impregna y embalsama á toda la concurrencia en igual amoroso sentimiento.

Suspicaz y meticuloso por estremo debió ser el primero que tuvo la ocurrencia de la separacion de los sexos en nuestros teatros.... ¿y donde? precisamente en un pais en que se miran reunidos en los templos, en el circo y demas espectáculos públicos. A la verdad, nada se arriesgaba en apostar á que no fue marido celoso el que tal imaginó, pues si él lo fuera á buen seguro que conviniese en abandonar bajo su palabra tres ó cuatro horas á su esposa donde apenas alcanzara á divisarla. Sin embargo, sea dicho en verdad, esta costumbre como todas las de este mundo tiene su contra y tambien su pro; la mitad de los hombres dicen que es mala; la mitad de las mujeres la defienden por buena; y las otras dos mitades piensan en sentido contrario.... Vayan VV. á entenderlos, ni á adivinar las razones que cada cual alegará! De todos modos no puede negarse que cuando no sea otra cosa presta cierto saborete de originalidad á nuestro teatro madrileño que no es de desdeñar para el curioso observador.

Escepcion de esta austera conformidad, es la triple fila de aposentos donde á par que los sombrerillos y manteletas, vienen á colocarse las placas y bordados, las elegantes corbatas y los guantes amarillos; lo cual hace á esta seccion la mas armoniosa y variada del espectáculo. La luneta con sus aristocráticas pretensiones, los sillones y gradas con su público atento, inteligente, y de buena fe, y el patio en su humilde modestia, sirven como si dijéramos de base á todo aquel artificio mecánico, de centro de aquellos opuestos polos.

En esta region principal es donde tiene su asiento *el abonado*, especie de planeta teatral, mitad hombre y mitad luneta, que viene periódicamente á efectuar su conjuncion con ella todas las noches, y á formar las mas veces entrambos una sustancia homogénea de palo y de baqueta, para quien son indiferentes el compas clásico ó el romántico vuelo, y en quien suelen embotarse las magnéticas sensaciones con que pretendiera el poeta electrizar al auditorio. Este obligado adorno de las filas mas abanzadas de la luneta, es de rigor que ha de entrar con solemnidad á la segunda escena del segundo acto, y atravesar en movimiento ondulatorio por el estrecho límite que permiten las piernas de los demas espectadores, no sin desagrado de estos, que en tal momento miran interponerse aquel cuerpo estraño entre sus ojos y la escena; pero la política exige el mayor disimulo, y que se repriman las muestras de aquel enojo, para corresponder con afectada sonrisa al elegante Adonis que reparte sendas cabezadas á todos sus compañeros de banco. Llegado despues á su término final, á su luneta, que le espera para recibirle en sus brazos, es indispensable que ha de bajar el asiento con notable estrépito, y de este modo atraer hácia su persona la puntería de todos los anteojos de los palcos; á cuya interesante atencion corresponde el abonado, permaneciendo en pie largo rato con la espalda hácia la escena; componiendo simetrícamente el cabello con el anteado guante; sacando despues el pañuelo, impregnado en *patchouly* y *balsamo de Turquia*, limpiando cuidadosamente los cristales del doble anteojo, y dirigiéndoles despues circularmente á todos los aposentos, la cazuela y la tertulia. Verificadas todas estas operaciones el abonado se vuelve en fin á la escena, y si en tal momento alcanza á atraer una rápida sonrisa de alguna actriz, ó tal cual disimulada cortesia de algun cantante, es como si dijéramos, el bello ideal de la fortuna, la suprema dicha teatral.

El abonado por lo demas presta poca atencion al espectáculo, y como este nunca es nuevo para él, porque si es segunda representacion asistió igualmente á la primera, y si es primera, vió tambien el ensayo, nada puede interesarle, antes bien mira con desden y aun con lástima, la obligada atencion del auditorio, y el efecto imprevisto que sobre él suelen ejercer las distintas situaciones del drama; y cuando estas lleguen á su mayor interes, afectará volver desdeñosamente la cabeza, ó hablará con los músicos, ó se dirijirá á cualquiera de sus colaterales, diciéndole:—"ahora el tirano va á darle la copa envenenada"....—y cuando esto sucede y todos los espectadores revelan en sus semblantes lo angustioso de la situacion, se ve reir la faz tranquila del abonado, y

escúchase su voz harto perceptible que dice:—"No tengan VV. miedo, porque ahora vá á salir la dama á matar al tirano con un agudo puñal."—

Durante el entreacto el abonado sube á visitar los palcos, y como bola de cubilete entra y sale de una en otra casilla, y ora le vemos en un palco bajo hablando en francés, y afectando la seriedad diplomática entre dos lonjanísimos extranjeros, ora en un principal, siendo la causa de la bulliciosa alegria de una coleccion de beldades que se disputan sus respuestas, sus miradas, y son exactamente del mismo parecer sobre el mérito de la pieza.

No menos interesante y animada otra seccion del auditorio sienta por lo regular en las filas céntricas; esta es la seccion de los inteligentes, y se compone como quien nada dice de los autores dramáticos, los escritores folletinistas, y tal cual actor en descanso que aquella noche no le tocó figurar. Esta seccion es bulliciosa de suyo, comunicable y expansiva; sus decisiones son absolutas y sin apelacion; pronúncianse *ex-catedra*; comision de aplausos la llaman unos; sociedad de seguros la dicen otros; pero los unos y los otros esperan con atencion las muestras inequívocas de su sentencia, y aplauden si aplaude, y silban por simpatia cuando escuchan á la inteligencia silbar.

Los demas compartimentos de la planta baja son ocupados en simétrica variedad por aquella parte del *respetable público* que en el Diccionario moderno solemos llamar *las masas*; en cuya confeccion entran indistintamente los drogueros de calle de Postas y el honrado ropero de calle Mayor; el empleado vetusto y el imberbe meritorio; el inexperto provincial y el pacífico artesano; todos los cuales vienen al teatro los Domingos y fiestas de guardar á divertirse con la mejor fe del mundo, y á pillar de paso, si pueden, una leccioncilla moral; y la diversion que encuentran no es nada menos que tres ajusticiados, y un tormento; y la moral que suelen beber, la que se destila de un suicidio ó un par de adulterios.

Con lo cual, concluida la *diversion*, vuelvese á casa el honrado ciudadano, bien persuadido de que todas las mujeres son cortadas por el patron de *Catalina Howard ó Lucrecia Borja*; y que todos los hombres son poco mas ó menos á la medida de los *Antoni y Ricardo Darlingthon*; de todo lo cual viene á deducir que la peor gente del mundo son los hombres y las mujeres; que toda sociedad es una picardia; todo gobierno un embrollo; toda religion una farsa; y toda la existencia una pura calamidad.

Y á la verdad que la consecuencia no puede ser mas natural; porque *si el hombre o la mujer* que se les ha representado en la escena ha sido un príncipe, por fuerza ha de haber tiranizado á sus pueblos, y ha de reunir el fanatismo y la crueldad, la hipocresia y el dolo; si ha sido princesa, habranla visto dar convites envenenados; y entregar sonriéndose al verdugo la hermosa cabeza de su amante; ó arrojar al rio á los favoritos con quienes ha pasado la noche; si ha sido hombre del pueblo por fuerza seria hijo de un verdugo; y habrá conspirado contra su mismo bienhechor; y se habrá levantado á fuerza de bajezas á las altas dignidades de la república; si ha sido juez naturalmente habrá sido seductor de su víctima y perjuro, venal y corrompido; si ha sido esposa habrá enterrado vivo á su esposo para dar la mano á su rival; si ha sido madre, se habrá enamorado de su propio hijo; y si fuere hijo, habrá ensangrentado su acero en el autor de sus dias; si ha sido religioso habrá abusado de su santo ministerio para seducir la inocencia, ó para ejercer sus venganzas; si ha sido en fin amante por fuerza habrá sido movida por un amor vergonzoso y criminal. Semejantes primores de la moderna escena, son como si dijeramos el cuotidiano alimento que se da á un pueblo incauto á quien se pretende instruir y deleitar; de esta manera se le enseña la historia en caricatura; se le familiariza con las escenas patibularias; se le aparta de toda creencia; se le arrastra en fin á un abismo sin límite conocido.

Por fortuna esta exageracion de colorido, esta brillantez de la mentira, lleva su correctivo en su misma demasia, y una vez disipadas las primeras impresiones, la razon va recobrando su imperio, y convirtiendo en ridículo aquello mismo que un momento se admiró como sublime. El observador filósofo no puede menos de reconocer esta benéfica reaccion, y mira con placer á la concurrencia no ya agitada y entusiasta ante las formidables peripecias del drama inmoral; sino distraida é indiferente, como quien no cree lo que mira; no pocas veces respondiendo con burlona sonrisa en vez de las violentas lágrimas que la demandaba el poeta.

> *"On ne voit pas pleurer personne;*
> *pour notre argent nous avons du plaisir;*
> *et le tragique qu' on nous donne*
> *est bien fait pour nous rejouir."*

Pero veo con dolor que arrastrado por lo importante del argumento me aparto insensiblemente de mi estilo y propósito, y como que parezco volver cara á la escena abandonando mi objeto que es pintar al público espectador. Sin embargo tiene tal relacion el efecto con la causa, que apenas es posible tratar de aquel sin rozarse algun tanto con esta. Afortunadamente en este momento cae el telon y el drama desaparece; unas cuantas varas de lienzo se han interpuesto entre la sociedad fantástica, y la sociedad positiva; los Hernanis y las Tisbes huyeron de nuestra vista, y ya solo tenemos delante las Tomasas y los Pedros; el hombre y la mujer se han convertido ya en mujeres y en hombres; el castillo feudal en un menguado coliseo; y los canales misteriosos de Venecia en los animados callejones de palcos y cazuela.

Aqui quisiera yo tener una pequeña dosis de la imaginacion poética de nuestros autores para bosquejar aunque de ligero esta escena final, que aunque para algunos podrá parecer insignificante, es para muchos la que forma el principal interes del drama.

Los que conocen la estructura de nuestros teatros madrileños saben ya lo menguado y obscuro de sus escaleras, sus estrechas puertas y pasillos, su taquigráfico portal. Pues bien, en aquellas escaleras, en aquellos callejones y á la luz de aquellos farolillos, se verifica en el acto solemne de la salida la reunion misteriosa y armónica de quinientas parejas que suben, que bajan, que cruzan, que corren de aqui para alla, buscando cada uno su cara mitad, y mirando de paso á las mitades agenas.... De aqui puede inferirse sustancialmente el interes y fuerza cómica de semejante desenlace, la animacion y el movimiento de tal escena final.

El rápido mozalvete que volando en alas de su amor y su deseo atraviesa por sobre las piernas de los lacayos dormidos en la escalera y vá á situarse á la salida del palco para tener ocasion de arreglar una manteleta ó correr á avisar al cochero; el pausado esposo que detenido por la gente que sale de las lunetas, se agita y desespera por llegar á recibir á su esposa cuando ésta baja ya cortesmente sostenida por una mano anteada que casualmente se encontró al paso; el amante desdichado que al ir á ofrecer la suya al objeto de su ternura, se siente asir por una arpia de siglo y medio, que empieza ya de antemano á egercer los rigores de suegra; los formidables lacayos asturianos cargados de almoadas y mantones que cruzan bárbaramente abriendo un ancho surco en aquella apiñada falange; los

celosos papás que tratan de poner á cubierto las gracias de sus hijas robándolas á las indiscretas miradas de los jóvenes que coronan en correcta formacion ambos límites de la escalera; las viejas, que llaman al gallego con voz nasal y angustiosa; los niños que lloran porque los pisan, ó que dominados por el sueño van tropezando en todos los escalones; los reniegos de los que van á tomar el coche contra los que no les dejan llegar á él; las imprecaciones de los que esperan ir á pie contra los coches que obstruyen la salida; las pérdidas improvisadas de alguna dama; los hallazgos repentizados de algun galan; los chascos de tal cual amador que esperaba por una escalera mientras el objeto de sus esperanzas descendia por la otra; las curiosas glosas del drama, que se escuchan en boca de un mozo del Lavapies ó de una manola del Barquillo; aquel eterno disputar sobre si la escena del veneno era mas bonita que la del tormento, ó si la comedia estaba en prosa ú en verso; aquel decir picardías del traidor, y salir poco satisfechos porque aunque se dice que le ahorcaron, no le vieron ahorcar; aquel comparar mentalmente al romántico galan ideal con el clásico marido efectivo; aquella rápida transicion desde las imaginaciones poéticas á las prosáicas, desde la historia fingida á la historia verdadera; todos estos son objetos dignos de observacion, y tan gustosos de ver como imposibles de describir.

El teatro en fin vuelve á quedar en silencio; y el alcaide cierra cuidadoso las puertas del templo de la ilusion; el poeta regresa á su modesta habitacion á dormir al arrullo de los aplausos ó de los silbidos; el actor depone mantos y coronas y toma paraguas y sombrero para dirigirse á cenar; el viento fresco de la noche disipa las quimeras en la agitada mente del espectador, y cuando éste al poner el pie en la calle piensa todavia escuchar la terrible campana de San Márcos, reconoce con placer, que no es nada de esto, sino que dan las doce en el reloj de la Trinidad.

El Curioso parlante.

EL CRECIMIENTO DEL CABELLO.

El estudio de la anatomía, bien sea la humana, ó bien la comparativa, nos ofrece numerosos ejemplos de la sabiduría y prevision de la naturaleza. Al observar la admirable extructura del hombre vemos constantemente dotadas de una sensibilidad exquisita aquellas partes del cuerpo que se hallan menos á cubierto de cualquier accidente esterior, sin que dejen de ser de suyo delicadas, al paso que carecen de sensibilidad las mas defendidas ó aquellas cuya laceracion ó deterioro no pueden alterar el órden del sistema. El corazon no siente, y los nervios si bien son muy sensibles á la menor impresion cerca de la superficie de la piel, reciben sin embargo graves lesiones en partes mas profundas sin experimentar sensacion notable: los tendones de los músculos no perciben las heridas incisivas; pero son muy sensibles al efecto producido por una tension violenta como todos hemos tenido ocasion de experimentar. Estos hechos por singulares que parezcan no son supuestos sino fundados en el resultado de repetidas observaciones, y nos suministran pruebas irrecusables de la inteligencia divina que preside á su formacion. El crecimiento del cabello y de las uñas se halla en este caso. Si estas partes de nuestra máquina fueran sensibles al dolor, estaríamos expuestos á un padecer contínuo, pero como no lo son, sin dificultad podemos disponer de uno y de otras segun lo exijen la conveniencia ó la moda.

El grabado que acompaña representa una seccion de la raiz del cabello humano por supuesto considerablemente aumentada como si se viese por microscopio: nace inmediatamente debajo de la verdadera piel, y recibe del cuerpo su nutricion en A. El estremo inferior de la bulba es la única parte del cabello dotada de vida, y lo que sobresale, esto es, la parte visible de él, consta solo de partes muertas que arroja de sí la masa animada impeliendolas hácia arriba. A la derecha del grabado se manifiesta la apariencia del pelo antes de presentarse á la superficie de la cabeza. El cabello es hueco y su color proviene de una sustancia oscura que gradualmente va depositando en él la raiz. La vejez y otras causas accidentales inhabilitan la raiz para ejercer este oficio, el cabello pierde entonces su color, y aparecen las canas mas ó menos blancas en proporcion de la mayor ó menor carencia de la materia colorante: por último la raiz se seca enteramente y el pelo cae.

LA HOJA SECA.

No hemos de imaginar que las hojas que caen de los árboles son enteramente perdidas é inútiles: la razon y la esperiencia nos enseñan lo contrario: nada perece, nada es inútil en el mundo; por consecuencia las hojas secas tienen su uso. Reducidas á un estado de putrefaccion sirven de abono á la tierra; la nieve y la lluvia estraen de ellas las partículas salitrosas y las trasmiten á las raices de los árboles, y esparcidas por la tierra dan calor á las otras plantas, cubren y preservan las semillas, y mantienen en ellas el correspondiente grado de humedad. Verifícase esto principalmente con las hojas de la encina las cuales constituyen un escelente abono no solo para el árbol mismo sino para los tiernos retoños, y son muy útiles para las tierras de pasto promoviendo el crecimiento de la yerba que cubren. Estas ventajas son tan importantes que jamás se recoje la hoja seca con el objeto de arrojarla á no ser que sea tan abundante que abogue la vejetacion de la yerba en lugar de favorecerla.

JOHN KNOX.

John (ó Juan) Knox cuyo nombre se coloca casi inmediatamente despues de los de Lutero, Calvino y Zuingle en la historia de la gran revolucion religiosa ocurrida en el siglo XVI, fue el principal apostol de la reforma en Escocia, y en efecto era hombre muy á propósito para semejante objeto. Dotado de imaginacion ardiente y fácil para exaltarse, de animo audaz, de una apasionada elocuencia, de modales ásperos y bruscos, austero en sus costumbres, inflexible y severo con los demas, intrépido como nadie para resistir á los hombres y á las cosas, impetuoso sin igual para seguir invariablemente el camino que se trazaba, y al mismo tiempo de un continente lleno de autoridad y de una instruccion sólida y variada, Knox era naturalmente inclinado á exaltarse y entusiasmarse á sí mismo, para dominar y cautivar á sus contemporáneos arrastrándolos en pos de sí. "Eran sus cualidades, dicen los historiadores ingleses las mas á propósito para hacerle, aunque amable, capaz de obrar con eficacia sobre un pueblo inculto, arrostrar peligros y vencer obstáculos que hubieran acobardado á un hombre de un caracter mas dulce y de un espiritu mas conciliador." Quiso hacer el papel de reformador religioso por pura conviccion segun piensan algunos, y segun otros por su genio inquieto y ambicioso; y esto en momentos en que las pasiones y los ánimos estaban en fermentacion, en un pais en que las olas del mar del vulgo jamás estaban en calma, y en que los gérmenes de desorden y anarquia siempre renacientes estaban siempre tambien sembrándose y desarrollándose sin cesar; así que John Knox no podia menos de aventurar á cada instante su vida en aquellas agitaciones y tormentos. Su inclinacion y disposicion natural para las materias religiosas se despertaron desde sus mas tiernos años. Nacido en Gifford en la Lothiana oriental en 1505, luego que estuvo en estado de elegir su carrera se dedicó á la iglesia, y adelantó con tan rápidos progresos en la teología, que se le confirieron las órdenes antes de cumplir la edad, estudiando y meditando siempre la sagrada escritura y las obras que trataban de la religion: se dedicó con atencion ardiente á investigar las causas y los hechos de la revolucion luterana. Los discursos del reformador Jorge Withart le habian conmovido; el suplicio de este predicador condenado á la hoguera como hereje en 1544 acabó de convertirle á la nueva fe, y desde el año de 1546 empezó á predicar públicamente contra el catolicismo. Amenazado de sufrir la misma suerte que Withart habia pensado al pronto refugiarse en Alemania; pero despues se retiró al castillo de San Andrés situado en la costa al norte de Edimburgo, y desde lo alto de aquella fortaleza continuó sus ataques con una energía, que siempre iba en aumento: hecho prisionero en 1547 con la guarnicion del castillo por las tropas francesas enviadas en auxilio de María Stuardo (prometida esposa del Delfin que luego reinó con el título de Francisco II) quedó Knox arrestado en los navíos franceses hasta el año de 1549 en que logró escaparse á Inglaterra, donde dominaba el protestantismo establecido por Enrique VIII aunque con algunas modificaciones. Tomas Cranmer, el primer arzobispo protestante de Cantorbery, acogió favorablemente al reformador escocés, le nombró capellan del joven rey Eduardo VI, y aun le propuso para un obispado, cosa que rehusó Knox porque en su opinion toda gerarquía religiosa era contraria al evangelio. Durante el reinado de Eduardo VI el ardiente innovador á quien no habia arredrado lo sucedido, no dejó de llenar con la fama de sus predicaciones á la Inglaterra y á la Escocia; pero su situacion cambió con el advenimiento al trono de la reina María en 1553, el clero católico vuelto al poder empezó á perseguirle y le obligó á espatriarse.

Encumbrado ó perseguido Knox continuaba su mision siempre y en todas partes con infatigable ardor: Francfort, Ginebra, en donde estuvo muchas veces, Edimburgo á donde se atrevió á volver le vieron sucesivamente y siempre trabajando. Los católicos por su parte obraban con rigor contra adversario tan temible, y el reformador condenado á muerte en Edimburgo fue quemado en estátua en 1558. Entonces fue cuando publicó en Ginebra contra la reina de Inglaterra, y contra María de Guisa regente de Escocia por su hija María Estuardo, una de sus obras mas célebres intitulada: *El primer sonido de la trompeta contra el monstruoso gobierno de las mujeres*; y ya se preparaba para hacer oir el *segundo sonido de la trompeta* cuando murió María de Inglaterra en 1558. Contaba Knox con que tendria la proteccion de la reina Isabel que profesaba la religion protestante, pero Isabel no estaba de humor de perdonar el *primer sonido de la trompeta* dirigido contra las reinas en general, y asi mandó que se prohibiese al autor poner los pies en Inglaterra. Ya estaba en camino Knox cuando tuvo noticia de esta órden, y en consecuencia de ella tomó la vuelta de Escocia á pesar de haber sido sentenciado allí y ajusticiado en estatua, sin temor alguno de los nuevos peligros que amenazaban á los sectarios de la reforma; puesto que los tales habian ya adquirido bastante poder para no hacer caso de las medidas que se tomaban contra ellos, ni de que la regente les hubiese hecho la intimacion de comparecer ante un tribunal de justicia convocado en Stirling. En 1559 se presentó Knox en Perth rodeado de ellos, y pronunció un sermon que puede llamarse la declaracion de guerra contra los monasterios y las iglesias, ó mas bien su sentencia de destruccion. *Derribemos los nidos*, clamaba Knox en su lenguage figurado, *huirán los cuervos*. No tardo mucho en promoverse una guerra civil religiosa que destrozó el reino, y en la cual los católicos llamaron en su auxilio á los franceses y los protestantes á los ingleses: venció al fin el partido de la reforma, y por un decreto del parlamento se declaró en 1561 de hecho que la religion protestante era la única permitida en Escocia: Knox por palabra y obra habia sido uno de los principales agentes de aquella revolucion.

En tan críticas circunstancias fue cuando María Estuardo, viuda de Francisco II, volvió á Escocia. La desgraciada reina, vivamente adicta al catolicismo permaneció fiel á su culto. Knox que no era hombre de dejarse ablandar ni enternecer por los encantos y amabilidad del carácter ni por la belleza y las gracias físicas, emprendió contra ella violentas hostilidades, proclamando *que era mas temible á sus ojos una misa, que un ejército de diez mil extranjeros introducidos en el reino*, y á todo esto la llenaba de improperios sin piedad. Aunque las faltas y debilidades de María justificasen en sentir de algunos la sustancia, y nunca el modo de aquellas invectivas y sátiras, no hay quien pueda mirar sin enojo el encono brutal del reformador contra la reina, á quien públicamente llamaba *la nueva Jezabel*. "Si encontrais que tachar en mi conducta, le decia María, reprendedme sin indulgencia, pero hacedlo privadamente, y no me envilezcais á los ojos de mi pueblo." — "Venid al templo, y allí oireis la verdad, la respondia el predicador; yo no tengo obligacion de ir anunciándola á cada persona en particular." Escribia él mismo alabándose de ello que á tanto llegó su dureza un dia que la reina se echó á llorar en su presencia; y es indudable que Knox

tuvo mucha parte en las penas y padecer de la infeliz reina de Escocia.

El reformador, cuya suerte habia seguido las mismas vicisitudes que la religion á cuyo servicio se habia dedicado, llegó á ser todo-poderoso en este último periodo de su vida; la veneracion pública le rodeaba, y su voz daba la ley desde lo alto del púlpito. Desgraciadamente la edad y el vencimiento le habian hecho mas y mas intolerante y áspero, y la violencia y arrebato de su celo le arrastraban mas allá de lo que sus mismos compañeros del clero protestante hubieran deseado. Con mas de sesenta y siete años y predicando en los templos consagrados á su culto, era tan impetuoso y activo como en los tiempos en que lleno de calor juvenil y animado por los obstáculos y peligros, no tenia mas auditorio debajo del firmamento que unos cuantos fugitivos errantes. La causa misma de su muerte prueba la energia terrible con que todavia en la vejez recibia las impresiones: produjósela en 1572 el dolor y la indignacion que habia escitado en él la noticia de la carnicería hecha en Francia en los protestantes el célebre dia de San Bartolomé, y que los franceses llaman *la Saint-Barthélemy*. Sus funerales se celebraron con gran pompa: el conde de Morton, regente de Escocia, guiaba el duelo, y encerró el elogio fúnebre del reformador en estas palabras llenas de verdad: "Ved ahí al que jamás titubeó en presencia de hombre ninguno."

La memoria de John Knox ha quedado en gran consideracion en Escocia; en Glasgow se le erigió la estátua que damos en el grabado, y todavia se enseña como un monumento de orgullo nacional la casa que habitaba en High-street en Edimburgo.

(Monumento de John Knox en Glasgow.)

MADRID: IMPRENTA DE D. TOMAS JORDAN, EDITOR